

Gijón y las sociedades de Cultura e Higiene

Prólogo de Avelino Alonso

En esta Sociedad Popular caben todos. A nadie se le pregunta cómo piensa ni de dónde procede ni cuáles proposiciones abriga. Pero implícitamente la calidad de socio obliga a trabajar, sin reglamentos ni atribuciones señaladas previamente, en favor de la humanidad.

Rafael Altamira

Gijón era un peñasco costero que se convertía en isla en la pleamar. Al suroeste una dársena en sitio favorable para levantar un dique que sirviera de fondeadero a los navíos mercantes y las lanchas de pesca. Sitio propicio para pescadores y navegantes, que oteaban desde el cerro a la espera de avistar una ballena y disfrutar de tiempos de abundancia. A la sombra del peñasco amontonaban sus viviendas los navegantes, junto a algún artesano, unos pocos comerciantes, y los escasos terratenientes que vivían en la villa y no en los caseríos colindantes aledaños. La villa quedaba pequeña y crecía lentamente hacia los huertos lindantes. Poco a poco se alejaba del mar. La Cima de la Villa y la Baja Villa, los dos barrios que conformaban Gijón en los albores del siglo XIX. Lo nuevo, lo que abandona el peñón, es el ensanche jovellanista, que llega hasta la colina de Begoña, el barrio del Carmen y los terrenos ganados a unas marismas desecadas del Humedal. Esta nueva villa queda enmarcada por una cerca en forma de estrella, que nunca llegó a concluirse y que se proyectó como defensa, en 1836, con motivo de la primera guerra carlista. Fuera de ella, huertos y praderías. Gijón era una villa pesquera y portuaria, con el aporte agropecuario de los campos limítrofes. Una pequeña urbe con 23 621 habitantes en 1857, en la que convivían pescadores, artesanos, comerciantes y terratenientes, que recibían a diario los aportes de los aldeanos procedentes de las caserías cercanas. Eran las lecheras, que bajaban en *xarvré* hasta la Villa, los hortelanos, que vendían en el mercado sus frutas y legumbres. Así fue desde los albores (la fundación en época romana), hasta que llegó... el capitalismo. Y lo hizo por mediación del ferrocarril de Langreo, la carretera *carbonera* y la que unía Gijón con León, por las cuales circulaban las mercancías, fundamentalmente minerales, procedentes del área central de Asturias y dispuestas para ser transportadas allende los mares desde el puerto natural de salida, el de Gijón.

La primera oleada capitalista se inicia con la apertura de minas para obtener materias primas (fundamentalmente el hierro y el carbón), que puedan nutrir las industrias del hierro y el acero. Se funda la Real Compañía Asturiana de Minas de Carbón y posteriormente se reabre la fábrica de Trubia, en 1844. El panorama bucólico pastoril de la región, que vive de la pesca y de los productos agropecuarios en una economía cercana al autoabastecimiento, cambia de modo drástico. De forma sostenida, a lo largo del siglo XIX la región asturiana se puebla de minas y fábricas, muta su fisonomía de una forma radical. Pero la expansión minera y metalúrgica dependía de las facilidades para el transporte de los productos industriales. La posición estratégica de Gijón, como salida al mar del carbón extraído en las cuencas, va a ser fundamental en este cambio. Por su puerto circulará el mineral, junto con las manufacturas de sus nacientes fábricas. Dos vías de transporte terrestre se erigen en las infraestructuras centrales de este proceso: la carretera carbonera (proyectada por Jovellanos para unir Gijón con las cuencas mineras y terminada en 1842) y el ferrocarril de Langreo (tercer ferrocarril español puesto en funcionamiento en 1846). Estas dos vías se construyen para transportar el mineral hasta un puerto donde pueda ser exportado a otros lugares. Desde un primer momento se advierte la insuficiencia del puerto local para tal fin y se proyecta uno nuevo en la zona este de la Campa Torres. El nuevo Puerto de El Musel inicia su construcción en 1893.

Las materias primas y vías de transporte operan como atractores para la instalación de industrias transformadoras. En 1836 se abre la fábrica de cigarros en el antiguo convento de las Agustinas en Cimadevilla, a modo de pionera de lo que va a acontecer en la segunda mitad del siglo XIX. Dentro del perímetro de la cerca decimonónica se abren la fábrica de vidrio y la fundición Cifuentes. Pero va a ser la Zona Oeste de la ciudad donde se ubique el naciente tejido industrial. La ampliación del puerto local por parte de la Sociedad de Fomento y la edificación en El Natahoyo de la estación de ferrocarril del Noroeste actúan como factores de fijación industrial en la zona occidental de la ciudad. En ese sector se fueron localizando las industrias decimonónicas más importantes, que configuraron la función secundaria de Gijón. Así, una vez consolidado el tráfico carbonero y llegados capitales del extranjero, se inaugura en 1876 la fábrica de loza La Asturiana, en 1877 fundición de Cifuentes y Stoldz y en 1879 la fábrica de Moreda y Gijón, una de las tres plantas siderúrgicas históricas de la región. Junto a ella se instaló en 1890 la refinera de petróleo de Rufino Martínez. Sigue en 1893 la apertura de la fábrica de cervezas de Suardiá y Bachmeier, y en 1901, de la fábrica de la Sociedad Española de Aceites Vegetales. Hay que añadir los astilleros levantados en la franja costera. El primero de ellos lo abre en 1888 la firma Cifuentes, Stoldt y Cía., resultante del traslado de su planta de fundición en las cercanías de El Humedal, y que posteriormente daría lugar a Duro Felguera (El Tallerón) y Naval Gijón. La Constructora Gijonesa, construida en 1900, es el segundo astillero de Gijón. En 1901, en el barrio de La Calzada, en lo que hoy es la playa y urbanización del Arbeyal, nace el astillero Riera, Menéndez y Compañía. En 1906 se crea Astilleros del Cantábrico en El Natahoyo, a continuación de los muelles de

Fomento. Esta construcción de nuevas fábricas se desarrolla espacialmente desde la estación de llegada del ferrocarril (próxima al viejo Puerto), hacia el nuevo puerto de El Musel. En el nuevo barrio de La Calzada se abren las fábricas de La Algodonera (fundada en 1899), Gijón Fabril (1900), La Gijonesa de Hilados y Tejidos, Adaro y Marín, Cordelera Baras, Trefilería Gijonesa (1901) y la Sombrerera en el recién nacido barrio de La Calzada.

Fruto de este auge industrial, en 1900 aparece un banco local, el Banco de Gijón, y en el mismo año se funda el Crédito Industrial Gijonés, grupo financiero que actúa como banco industrial. Son los capitales de los indianos (repatriados tras la paulatina pérdida de las colonias de ultramar), así como las inversiones y la tecnología provenientes de Europa, los que cimentan este despliegue industrial, dado que la burguesía local era escuálida y poco dada a novedades.

—

«La proletaria clase desposeída de todo patrimonio, carente todavía de ilustración, salvo honrosas excepciones, debe discurrir sobre los múltiples problemas que la cuestión social trae aparejados, capacitándose en suma, para intervenir con verdadera eficacia en el magno asunto de su emancipación».

Junta directiva de Cultura e Higiene en *El Noroeste*, 24 de junio de 1910

—

Este desarrollo industrial conlleva una creciente demanda de mano de obra, la cual se extrae del mundo rural próximo. Y esto trae consigo que la población de Gijón se doble en la segunda mitad del siglo XIX, pasando de 23 621 habitantes en 1857 a 45 544 en 1900; tendencia que se sostiene en los albores del siglo XX, de forma que en 1930 la población de Gijón es de 78 239 habitantes. Ello da muestra de la capacidad atractiva que ejerce la nueva ciudad industrial para las comarcas agrarias y el consiguiente problema de vivienda que ello lleva aparejado. Las mismas empresas construyeron bloques de casas para alojar a sus trabajadores (ejemplo de ello es el bloque de viviendas denominado El Callejón, construido por Gijón Fabril). Estas viviendas ligadas a fábricas van a constituir el núcleo generador del barrio de La Calzada, así como de El Natahoyo y El Llano. La concentración de los establecimientos industriales motivó la aparición de habitaciones obreras, en un momento en que el barrio ocupaba una posición excéntrica y carecía de medios de transporte que lo vincularan a otros sectores de la ciudad, pues la línea del tranvía no se realizó hasta los comienzos del siglo XX. Aquí también se manifestó la ciudadela como modelo de alojamiento de la población obrera.

Gijón crece y se divide espacialmente: el Oeste industrial y el centro-este residencial. La ciudad olvida la cerca y se expande, primero con la parcelación de El Arenal que corre paralelo a la playa de San Lorenzo. También hacia El Llano y Contrueces, por los alrededores de la carretera carbonera. El Coto de San Nicolás, Ceares, Pumarín y los barrios fabriles de El Natahoyo y La Calzada. Una nueva

ciudad, con nuevo futuro y nuevos problemas. Esta actividad económica genera flujos poblacionales del campo a la ciudad. Son el germen de la clase obrera y el desencadenante de la *cuestión proletaria*. Atraídos por la vida urbana y por los nuevos puestos de trabajo generados por la efervescencia fabril, numerosos individuos nacidos en el campo emigran a la ciudad. Se trata de una población desarraigada de su entorno natural, que vive y trabaja en condiciones inhóspitas. La zona oeste se puebla con bloques de viviendas, ocupadas principalmente por proletariado y ubicadas en las proximidades de las industrias. El centro es la zona comercial con viviendas de varios pisos donde se instalan las clases medias. Los nuevos barrios acogen a artesanos y a sus talleres. La zona este queda como lugar de habitación para la burguesía más adinerada, con viviendas unifamiliares y cercanas a caserías. Las clases sociales que se conforman se sitúan en localizaciones distintas. La naciente ciudad se espacializa.

—

«Esta prohibido, por tácito y formal acuerdo, toda discusión o controversia por motivos políticos o religiosos»

—

En esta coyuntura, caracterizada por un flujo de población nueva, que proviene de un entorno distinto a la ciudad y, por ello, posee un bagaje cultural poco apropiado al nuevo entorno (el índice de analfabetismo en 1900 era, en Gijón, del 47,76 %), se generan problemáticas resultantes de la inadaptabilidad y del crecimiento acelerado. Nos referimos a la carencia de infraestructuras en los nuevos barrios (alcantarillado, alumbrado, aguas potables...), a los hábitos higiénicos impropios de la ciudad (escupir, carencia de higiene personal, arrojado de basuras y excrementos...), a la ausencia de la formación requerida (lectura, conocimientos de cálculo básico, dibujo lineal...), a los hábitos de ocio insano (alcoholismo, matonismo, descuido del cuerpo...). Ante ello, diversas fuerzas sociales empiezan a considerar la cultura como una de las claves para resolver los conflictos subyacentes a una situación de desequilibrio social. Por un lado, una creciente masa de población desarraigada —su cultura agraria no está adaptada a la nueva situación—, carente de una formación adecuada y viviendo en unas condiciones sociolaborales muy difíciles; por el otro aquellos que poseen la propiedad de los medios de producción y los mecanismos de acceso a la cultura y son los que dictan el modelo social que debe imperar en la ciudad. En última medida, se trata de la dialéctica entre una cultura agraria y una cultura burguesa, partiendo ambas de una situación desigual, en la que a la primera se la considera prácticamente despreciable y necesariamente debe adaptarse al nuevo entorno. En último término se trata de construir la nueva ciudad, que ya no será de pescadores y campesinos; una nueva ciudad obligada a integrar un sector poblacional que viene de *otro mundo*.

Hablamos de conformar una ciudad que cambia su faz llenándose con el humo y las sirenas de sus fábricas. Hablamos de política en su acepción más genuina: hacer comunidad.

«La escuela no debe ser un centro de suplicio».

«La educación y la instrucción de las clases trabajadoras es tanto más necesaria cuanto más graves y trascendentales son los problemas que la lucha de clases presenta para su desarrollo en la vida social»

Dionisio Cuervo, presidente de la Sociedad de Cultura e Higiene de El Natahoyo

Una serie de filántropos (Calixto Rato, Manuel Nájera Alesón, Rafael Altamira, etcétera) apuestan por esta fórmula («La educación y la instrucción de las clases trabajadoras») como medio de resolución de la *cuestión proletaria*. Son personas que enlazan con la corriente librepensadora española, que parte de figuras como G. M. de Jovellanos («No basta, pues, que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos») y continúa con el krausismo.

Para solucionar los antagonismos es preciso implantar una cultura común, una cultura al alcance de todos —realmente acercar a los proletarios a la cultura burguesa—. Esta la fórmula por la que optan los elementos más progresistas de la sociedad del momento. Se trata de instruir al naciente proletariado, proveniente del campo, en conocimientos que les resultaran necesarios para integrarse en su nuevo entorno vital. Por un lado, aquellos que redundarán en mejorar sus prestaciones laborales (como saber leer, conocer las cuatro reglas de cálculo, rudimentos de dibujo lineal...). Por otro, el adoctrinamiento en conceptos que los convertirán en mejores ciudadanos, o sea, aquellos cuya conducta no moleste o incomode al resto (rechazo al matonismo, al alcoholismo, a la falta de higiene personal, a los hábitos insanos. Estos mecenas impulsarán el nacimiento de sociedades culturales, como puedan ser los ateneos obreros o las sociedades de Cultura e Higiene, de lo cual se da cumplida muestra en el presente libro.

Gijón es en los primeros años del siglo xx un hervidero de sociedades culturales de diverso pelaje ideológico. Pero hay una que sobresale especialmente; primero por ser propiamente gijonesa sin apenas ramificaciones en otras ciudades; en segundo lugar, por aglutinar la higiene y la cultura como sus dos focos de actuación; y en tercero por su carácter marcadamente solidario, con la práctica de la ayuda mutua. Nos referimos a las sociedades de Cultura e Higiene, cuyo principal impulsor fue Francisco Suarez Acebal. Dentro del amplio movimiento de sociedades culturales obreras, que florecieron en Asturias en los principios del siglo xx, la Cultura e Higiene se asentó fundamentalmente en Gijón (existieron también centros en Infiesto, Navia, Laviada, Quintes, Ciaño, Langreo y en El Entrego), con secciones hermanas

en los barrios de Tremañes (1913), El Natahoyo (1913), Cenero (1916), Pumarín (1916), y Rocés, Cabueñes-Deva (1917), Somió (1917), Granda y Vega (1914), Ceares (1915), El Llano (1915), Barrios Nuevos, La Pedrera, Cimadevilla (1924), Braña, El Arenal (1915) y el Barrio del Real. La sucursal más importante (en cuanto a número de socios) era la de Cimadevilla, pero no existían vínculos jerárquicos entre las mismas, sino una relación fraternal y de mutua colaboración.

Destacaba en La Cultura la existencia de un corpus ideológico que se difundía profusamente en sus publicaciones y empapaba sus labores. Se trata de la concepción bio-psico-social del humano. Nos referimos a la consideración de que las personas pueden ser sujetos activos de su realidad a partir de la actuación, tanto individual como colectiva, en las tres facetas que conformaban su persona. La biológica por la vía del higienismo, el naturismo, la alimentación sana y el cuidado del cuerpo. La psicológica por la educación y la instrucción. La social por la adquisición de hábitos de comportamiento saludables, el respeto, la ayuda mutua y la acción conjunta para la mejora de las condiciones ambientales de vida. Era un aglomerado de ideas provenientes del higienismo, del naturismo y del anarquismo. El sujeto, con su acción en el plano individual y colectivo, tenía en su mano el devenir de la sociedad.

—//—
«No escupáis en el suelo»
—//—

El higienismo tiene sus albores en la primera mitad del siglo XIX, cuando la medicina repara en que las condiciones ambientales propias de la vida en ciudad repercuten directamente en la salud de los individuos, lo que obliga a los gobernantes a mejorar las condiciones de salubridad en lo referente a las instalaciones de agua corriente, cloacas, alcantarillado, iluminación nocturna..., con la finalidad de controlar las epidemias. *La Cultura* se hizo eco de las ideas higienistas y sus ramificaciones, como el naturismo y el excursionismo, expandiendo entre sus socios y vecinos comportamientos ligados a la limpieza, a la sobriedad, a la abstemia, al ahorro y a la fraternidad. Y ello sobre la base de que la salud pública era una pieza clave del bienestar social. Para ello, promueve la construcción de infraestructuras sociales mínimas (como puedan ser fuentes y lavaderos) y se presiona a la administración pública para que mejore las condiciones de vida y salubridad de los nuevos barrios (alcantarillado, alumbrado público, parques infantiles, etcétera), al tiempo que se incide sobre los hábitos de conducta individuales (dietas alimenticias, campañas contra el consumo de alcohol, extensión del contacto con la naturaleza, etcétera).

«Esta sociedad fue creada por un grupo de obreros que, al ver las deficiencias materiales de los barrios de Tremañes, Natahoyo y La Calzada Alta, cuando las lluvias causaron las inundaciones hace ahora diez años, han comprendido que era necesario organizar a los vecinos para ejercitar una acción mancomunada por la cual se consiguiese remediar tan evidentes como lamentables males»



En este tono, las sociedades de Cultura e Higiene son el antecedente del movimiento vecinal que, a finales del siglo xx, hizo progresar a las ciudades españolas. Afrontaban problemas específicos, como el alcantarillado, la insalubridad de fuentes y lavaderos, el barro y polvo de las calles, la falta de iluminación nocturna, la carencia de parques infantiles... Organizaba excursiones al campo y a la montaña. Incluía grupos naturistas, que propugnaban los baños de sol o la práctica deportiva. En sus locales se impartían clases diurnas para los niños y nocturnas para sus padres. Buscaba también la erradicación de hábitos socialmente nocivos, disponiendo de grupos antiflamenquistas (también y por ello antitaurinos) y antialcohólicos. Pero quizá el rasgo más genuino de *La Cultura* era su dedicación al apoyo mutuo. En una sociedad sin prestaciones sociales, La Cultura disponía de dispensario médico y organizaba espectáculos para recaudar fondos destinados a solventar las situaciones de penuria en vecinos (enfermedad, lesiones por accidente, pérdidas de empleo...). Todos los socios ayudaban al socio necesitado, pues no había otras vías para sacarlo de la necesidad. La fraternidad era una idea radical para La Cultura.



«Si seguís adelante sin acudir en auxilio del desvalido,
no merecéis bien de nadie»



Fue muy habitual en el quehacer de La Cultura el uso de la máxima como método pedagógico. Como se dirige a un público no habituado a la lectura de textos amplios y complejos, utiliza frases que sintetizan ideas de forma breve y directa. Las difunden por medio de sus boletines, o directamente fijándolas en las paredes de sus edificios.



«La embriaguez alcohólica está en razón inversa del grado de inteligencia»



De los propósitos de la sociedad, da cumplida cuenta el Sr. Adellac cuando redacta las siguientes líneas para el boletín de «La Cultura»:

Sin presumir siquiera que en el Programa formulado por Cultura e Higiene estén consignadas todas las cosas que es preciso hacer, respondiendo a lo que la cultura social moderna reclama y para asimilarnos a la actuación que los pueblos adelantados están ejercitando, creemos que en él pueden hallar orientación a su marcha los Centros Culturales. La acción pro infancia, creando la GOTA DE LECHE, PARQUES INFANTILES con recreos instructivos y de educación física para los niños. Caravanas excursionistas al campo, colonias escolares, granjas agrícolas, centros de aprendizaje para los muchachos vagabundos. Cantinas y roperos, propagaciones de templanza, centros de juegos al aire libre para adultos. La construcción de casas para obreros, con jardines en barrios higiénicos. El mejoramiento de la vida rural hasta constituir la Casería Modelo y los Campos de Experimentación Agrícola. La difusión prohigiene por medio de catecismos, hojas impresas y carteles gráficos, repartidos profusamente y colocados en todos los centros de reunión y establecimientos concurridos. La extensión de la beneficencia para proporcionar baños y elementos de aseo al público, los concursos de higiene doméstica para premiar los hogares pobres mejor atendidos. La organización de fiestas naturistas, la educación artística, discretamente difundida por medio de agrupaciones corales e instrumentales, para endulzar los sentimientos del pueblo. La celebración de las Fiestas del Arbol, de la Flor, de los Pájaros, de los Frutos, etc.. La propagación de los principios de higiene pública y privada, la enseñanza práctica de maternología y puericultura, los núcleos de estudios economicosociales, que vulgarizasen el conocimiento de la vida industrial y los medios de crear la riqueza y, en fin, otras muchas cosas que es preciso implantar en este pueblo, ofrecen materia sobrada en que emplear las energías los Centros Culturales con la cooperación que debe requerirse de todos cuantos moral y materialmente están obligados a prestarla sin restricciones.

Esta era la labor que desarrolló La Cultura: «organizar al pueblo para que por sí mismo conozca los problemas afectos a la vida colectiva». Lo que hoy denominamos *promover la participación ciudadana* y que podría sintetizarse en la acción conjunta de los sujetos afectados en pro de hacer una nueva ciudad agradable, saludable, acogedora, promotora del bien común y fraternal con los desvalidos. Y esa era una tarea que debía empezar por mejoramiento individual de aquellos que estaban obligados a realizarla. «Predica con el ejemplo» era una de sus máximas más recurrentes.

Tras la guerra civil, el triunfo de las tropas franquistas conlleva el cierre de las asociaciones populares y la cesión de la gestión de sus inmuebles a Educación y Descanso. Se acaban los años de esplendor de las sociedades de cultura popular: época breve (no llega a medio siglo), pero que fue ejemplo de cómo los ciudadanos afrontaron directamente la tarea de construir su nueva ciudad. Porque de eso se trataba, de hacer *politiké tékhne* (arte de la vida en común) en el sentido que le dieron los antiguos griegos cuando inventaron la palabra *política*. La Sociedad de Cultura e Higiene entra en el olvido. Una calle llevaba el nombre Francisco Suárez Acebal, en 1939 se cambia su nombre por el de Leopoldo Alas. La fuente de El Cerillero ha desaparecido. De los edificios de sus sedes solo se conserva la fachada de la del El Natahoyo. Los edificios de la Gota de Leche y del Hogar Maternal e Infantil,

así como en el C. P. Jovellanos, conservan en sus paredes lemas higienistas, aunque pocos sepan ya donde estuvo su origen. Poco más. De la que fue propulsora de la convivencia, el apoyo mutuo y el desarrollo social, mediante el trabajo colectivo; de la impulsora de las prácticas saludables, continuando el lema de Juvenal «mens sana in corpore sano», solo queda la ausencia. El deporte ahora es competición. El *sportman*, un consumidor más de supermercado. El cuidado del cuerpo, culturismo. Los baños de sol, exhibicionismo estético. La fraternidad, limosnas en sms. El cultivo personal, un mero aderezo vano, puro atavío. El alcoholismo sigue siendo un problema soterrado (aunque emerja en forma de *botellón*). Todo ha mutado.

De todo esto habla largo y tendido Luis Miguel Piñera en el presente libro: lo hace con el rigor y la amenidad que nos tiene acostumbrados. Lo suyo es un rescate en toda regla de una institución popular genuinamente gijonesa, causante de que nuestra ciudad sea como es, con una idiosincrasia propia. El rescate de un olvido imperdonable, pues todos tenemos el derecho a saber cómo se conformó nuestra ciudad, cuáles fueron sus raíces. Y las raíces de Gijón, al menos las significativas en la última centuria, fueron regadas por las sociedades populares. Sin ellas no se entiende nuestro pueblo. Este libro resulta imprescindible para entender los procesos del desarrollo de Gijón y de las gentes que la componen. Esta es la enorme labor que Luismi ha desplegado desglosando la historia con profusión y dando la voz a los protagonistas. El libro es una fuente de documentación valiosísima para todo aquel que quiera acercarse al Gijón del primer capitalismo y entender cómo los gijoneses afrontaron el cambio en su ciudad.

Ahora, en plena tercera oleada capitalista y a la espera de la cuarta, en plena vorágine de globalización desbocada, en una época dominada por una prisa frenética por moverse rápidamente (aunque no importe hacia donde), en un tiempo en el que la gente pasea por la calle con el celular en la mano y los auriculares puestos, en una época en el que la valoración personal se mide en *links*, en la que los amigos están detrás de una pantalla y son un mero *avatar* que no puedo tocar ni oler, ya no hay lugar para las raíces. Porque *lo local* ha pasado a ser pequeño, vetusto, rancio y trasnochado. Es lo que tiene esto de la globalización, las dimensiones se agrandan, lo cercano queda diminuto, despreciable. Los seres humanos deben dejar paso a la humanidad y esta se compone de mansos. Mansos entretenidos, pero mansos al fin y al cabo. Y la característica de los mansos es la parálisis, la incapacidad para construir su futuro. Y a la masedumbre se llega por la dispersión de lo colectivo, por la inoculación de la individualización en forma de tecnologías que nos proyectan muy lejos, pero nos dejan solos aquí donde estamos. Viajo en el autobús y, a mi lado, dos jóvenes están sentados juntos. En su mano un *móvil* desde el que *chatean* con el horizonte. No se miran. Lo cercano es insignificante, pura ausencia.

Y la humanidad segrega un poder omnívoro, que se alimenta fagocitando aquello que puede serle hostil, su hambre es insaciable. Y ha engullido todo aquello que tenga que ver con el compromiso social. Lo ha hecho por dos vías: la apropiación y la subvención. La cultura está estatalizada (teatros y orquestas, universidades y cen-

tros de enseñanza, instituciones culturales ...). Los intelectuales piensan al dictado del poder (que es el que los financia). Las asociaciones vecinales, que retomaron la labor de Cultura e Higiene en los años setenta y ochenta del pasado siglo, hoy son pálidos reflejos apesebrados. El socorro mutuo y la medicina social hoy se llaman Seguridad Social. También las oenegés dependen del riego estatal. La opinión pública es *opinión publicada* y la publican empresas con alianzas e intereses definidos. Son otros tiempos, en los que los mansos están *quietos y contentos*. ¡Hasta pueden comprar desde sus casas cualquier cosa inútil a una multinacional y, también sin moverse, vivir una vida virtual mucho más placentera y cómoda que la grisura anodina de lo cotidiano!

De *La Cultura* no queda ni el nombre.